

LA VIOLENCIA

No todo es paz y armonía en el reino animal. Las disputas por las hembras o las reyertas territoriales son frecuentes, pero no gratuitas, pues estas batallas entre congéneres, son un elemento clave en la evolución de las especies. Paradójicamente, los animales tienen más peleas con sus parientes que con los miembros de otras familias.

La conducta agresiva entre individuos de la misma especie es un importante componente genético, y no se ven libres de él, ni los animales domésticos. Sin embargo, los desafíos poseen una importante carga ritual que los convierte en combates incruentos.

Es posible imaginarse escenas que tal vez, estremezcan el ánimo, pero que son inevitables y necesarias para sustentar el proceso del desarrollo.

Por ejemplo, es posible la presencia de un rebaño de cabras monteses observando un combate librado por dos formidables ejemplares, cuyos imponentes cuernos, que se retuercen sobre sus lomos hasta casi tocarlos, indican que se trata de una pareja de machos adultos.

Separados por media docena de metros, los animales se observan con ojos extraviados, y de repente, ambos se catapultan hacia adelante, abalanzándose el uno contra el otro. Ya en el aire y para dar mayor fuerza a su golpe, imprimen un violento giro al cuello, y entonces, el brutal impacto de las dos cornamentas retumba en las montañas. Tras el testarazo, los machos se quedan inmóviles, al tiempo que sus ijares palpitan con fuerza, intentando recobrar el resuello, y en cada embestida, lanzan con las pezuñas los guijarros y pedruscos en los que se apoyan, hasta varios metros; mientras las rocas devuelven el eco de los potentes golpes. Aquello es el origen de un extraordinario estrépito que causa inquietud y extrañeza.

Los aficionados a la naturaleza conocen bien esta clase de luchas que durante el período de celo, mantienen los ungulados para conseguir el favor de las hembras. El ardor que ponen los combatientes y las características rituales de los enfrentamientos, los convierten en los más llamativos entre los que llevan a cabo todos los mamíferos.

Cabras monteses, muflones o ciervos, por citar los ejemplos más populares, acuden fieles a la cita, que todas las temporadas mantienen con el rito de las pependencias, para procurarse el mayor número posible de hembras y el territorio más favorable.

Pero no sólo ellos, sino la mayoría de los mamíferos, aves, anfibios, reptiles, peces, insectos e invertebrados muestran idéntico comportamiento.

Este fenómeno, que en términos científicos es conocido como “agresividad intra-específica”, es decir, entre individuos que pertenecen a la misma especie, se desencadenan mediante unos complejos e interesantes mecanismos. A grandes rasgos, podría decirse que su finalidad primordial es que los miembros de un grupo animal obtengan un territorio y un número determinado de hembras.

Darwin fue el primero en encontrar una justificación para semejantes discordias; pues según el científico inglés, auténtico padre de la biología evolutiva, el triunfo del más fuerte, que muchas veces es el más agresivo, beneficia sobre todo, a la propia especie.

De hecho, la evolución se basa en este mecanismo: un individuo logra “inventar”, mediante la mutación, determinada peculiaridad biológica con la cual derrota a sus congéneres, y provoca así, que en un breve espacio de tiempo sólo existan aquellos ejemplares con semejante “innovación”, logrando, de esta manera, un paso más en su camino evolutivo.

Lo más curioso es que la eliminación no se suele producir por la muerte del derrotado, sino a través de una estricta selección genética, por medio de la cual, el vencido pierde la oportunidad de reproducirse, ya que no logra hembras para aparearse y no transmite sus genes más débiles a nuevos individuos, mientras el ganador otorga una herencia genética llena de fuerza.

No obstante, a pesar de la indudable carga agresiva que poseen los duelos intra-específicos, y de que en muchos casos, los contendientes tienen poderosas armas, tales como cuernos, colmillos o garras, éstos resultan por lo general incruentas exhibiciones rituales que terminan cuando uno de los rivales reconoce su inferioridad huyendo, como hacen los ungulados, u ofreciendo el cuello al vencedor, como en el caso de los lobos.

Son disputas que siguen este orden: exhibición, amenaza, enfrentamiento, sumisión y apaciguamiento; y resulta muy difícil encontrar ejemplos en los que el final sea la muerte de uno de los adversarios.

Los etólogos explican que un desenlace fatal se produce sólo en determinadas circunstancias, como podría ser cuando la densidad de individuos de cierta especie es tal, que sobrepasa los recursos del hábitat que puebla, sobre todo cuando los animales se encuentran en cautividad. Entonces, su comportamiento sufre una

distorsión que aumenta su agresividad, lo que unido a la imposibilidad de huida, conduce a la muerte del más débil.

Esta manera de conducirse es común a todos los grupos animales actualmente vivos, y los insectos no son una excepción a la regla. Los naturalistas conocen la querencia especial que tiene hacia los robledales un coleóptero espectacular conocido como ciervo volador, cuyo tamaño, así como la desarrollada cornamenta que lucen los machos y que le han otorgado su nombre, lo convierten en el auténtico rey de los escarabajos europeos.

En realidad, no es una cornamenta propiamente dicha, puesto que se trata de su maxilar superior, pero está tan desarrollado, que no le es útil para alimentarse y sólo lo emplea en las pendencias con sus iguales.

Llegada la caída de la tarde, estos insectos se vuelven activos y buscan su alimento, constituido por la savia de los árboles, y a las hembras, durante la época de celo. Si durante la búsqueda coinciden dos o más machos, se despierta en ellos un instinto agresivo que los hace abalanzarse entre sí, y trabados por sus mandíbulas, comienzan un pulso que puede prolongarse durante varias horas, hasta que finalmente, el más fuerte consigue mediante un poderoso impulso de su dorso, levantar al contrario por encima de su cabeza, expulsándolo del tronco.

Tampoco son pocas las serpientes venenosas que se enzarzan en estos combates, catalogados por los expertos como auténticas danzas rituales, en las que los machos ejecutan una serie de movimientos, como levantar la porción anterior de su cuerpo, agitar el cascabel de su cola o adoptar otras actitudes intimidatorias. Se ha comprobado, sin embargo, que en ellas está excluido el uso del veneno mortal, lo que demuestra otra vez más, que la meta de las trifulcas no es acabar con el rival, sino establecer una jerarquía.

No obstante, no se cumple siempre la premisa de que la agresividad intra-específica posea mecanismos inhibidores que garanticen la supervivencia de los contendientes, pues en ocasiones, se produce la muerte de alguno de ellos, y es bastante frecuente que durante las sangrientas disputas los rivales queden malheridos o tullidos para el resto de sus vidas.

Dos grandes animales, como el hipopótamo y al elefante marino, muy separados en la clasificación zoológica, pero con pautas de conducta similares en cuanto a sus luchas rituales, ilustran este aspecto.

Los machos adultos de hipopótamos desplazan 4.000 kilogramos de peso corporal y sus enormes mandíbulas tienen unos colmillos que pueden alcanzar el metro de longitud. Cuando uno de ellos ve invadido su territorio fluvial, lo primero que hace es mostrarle al adversario sus fauces completamente abiertas, produciendo a continuación relinchos, resoplidos y profundos ronquidos que tienen como objetivo desanimar al rival, lo que en ocasiones, es suficiente para disuadir al invasor, que optará por retirarse.

Pero a veces, la respuesta a su actitud es un bostezo idéntico en señal de reto, y en la siguiente fase se produce el encuentro físico, en el que ambos intentan cortar al contrario los importantes vasos sanguíneos de su cuello o romperle los tendones de las patas, valiéndose de feroces dentelladas.

Cuando uno de los opositores se da por vencido, agacha la cabeza mostrando el cuello y permaneciendo inmóvil; actitud de sumisión que induce al dominante a abandonar sus ataques. Pero en ocasiones, las heridas producidas pueden provocar que alguno o ambos rivales mueran desangrados, o en el mejor de los casos, ambos contendientes guardarán para siempre, las profundas cicatrices de su encuentro.

Por su parte, el elefante marino muestra una marcada actitud social durante las fases de apareamiento, que desarrolla en tierra firme; y que favorece frecuentemente, las grandes concentraciones de centenares de individuos en los criaderos costeros.

La ubicación de los ejemplares se establece de acuerdo con los territorios que poseen los grandes machos, donde intentan retener al mayor número posible de hembras, permitiendo que alrededor del núcleo central se reúnan otros machos más jóvenes, o que hayan llegado después, a la playa.

Cuando alguno de los machos jefes se distrae, los demás intentan robarle las hembras de su harén; y aunque un simple amago de ataque por parte de aquel, suele hacer desistir a los ladrones, en ocasiones, esto no es suficiente, y se producen encarnizados pleitos de acuerdo a un ritual en el que ambos machos se sitúan muy cerca, levantándose sobre su parte trasera hasta una altura que puede alcanzar los tres metros; hinchando su garganta y lanzando potentes bramidos, cuya fuerza se multiplica gracias a sus peculiares trompas nasales. Por último, y con una agilidad impropia de su físico, se embisten mutuamente y la emprenden a brutales dentelladas en el cuello del adversario, originando graves heridas que llegan a ensangrentar sus cuellos y cabezas.

Cuando uno de ellos se siente derrotado, se retira, sin que el vencedor intente perseguirlo, y aunque normalmente, las heridas no son mortales y todos los machos viejos tienen sus cuellos adornados con

grandes cicatrices; a veces, la agresividad desmesurada de un elefante marino ha llegado a poner fin a la vida de su rival.

Konrad Lorentz, científico austriaco creador de la etología, estudió en profundidad las complejas pautas que desencadenan la agresión en los animales, y estableció, además de las referidas, otros tipos diferentes de agresividad intra-específica.

Se refirió a la defensa territorial de no pocas clases de aves sociales, como el esparaván nocturno, cuya base estructural es la defensa del territorio en el que se asienta. Relató los mecanismos competitivos intra-específicos de lo que él llama "la familia grande de las ratas", cuyo instinto hace que estos roedores ataquen a cualquier miembro de la especie que no sea identificado con el olor de su tribu; fenómeno también presente entre los insectos sociales, como las abejas, las hormigas o las termitas.

Por último, Konrad estableció un cuarto tipo de organización animal, dentro del cual los miembros pertenecientes a un grupo determinado no se agreden entre sí, gracias a los profundos lazos que los unen; y para ilustrarlo, el prestigioso científico vienés recurrió a su especie preferida: los gansos silvestres. Estudió los vínculos que unen a los miembros de una manada de gansos y descubrió su complejo ritual de gestos y actitudes, incluyendo la lucha, el dominio y la huída, aunque también la fidelidad y el amor.

Como vemos, cuando los animales están en "pie de guerra", cada especie observa unas reglas de ataque determinadas. El fin y el premio a conseguir es común a todos: a nivel individual será contar con el mejor harén de hembras, el bocado de pitanza más exquisito o la parcela de terreno más privilegiada.

No obstante, el más pingüe beneficio de estas luchas le pertenece a la propia especie, que gracias a ellas consigue la perpetuidad de los genes de aquellos ejemplares más fuertes y mejor dotados para una supervivencia que siempre resultará difícil.

El ser humano, en cuanto comparte con los animales de la escala evolutiva, los factores biológicos, fisiológicos e instintivos, no escapa a los resabios y remanentes de todas estas actitudes descritas en diferentes especies.

Por otra parte, ha puesto en evidencia la "cultura de la violencia" cuando potencia la agresividad de otras especies, crispando a aquellos ejemplares más belicosos con el fin de incentivar las peleas de animales; algunas muy impresionantes, como los enfrentamientos de las vacas alpinas para elegir campeones, los combates de toros de Turquía, las peleas de carneros en el País Vasco, las peleas de gallos y las corridas de toros en ibero-américa.

La violencia puede ser el producto de la herencia conductual desarrollada durante la evolución en millones de años, y se define como un estado de ánimo, una enfermedad mental, una conducta aprendida, una estrategia evolutiva de supervivencia, el resultado de una disfunción neuroquímica, un proceso hereditario impuesto por los genes, y diversas explicaciones más.

Puede ser que la violencia tenga todas estas causas combinadas, puesto que el ser humano es producto de todo ello. Nace con tendencias, se desarrolla educándose, se forma de acuerdo a sus experiencias de vida, está influido por la interrelación con el entorno, y finalmente tiene la capacidad de decidir libremente si se deja llevar por la violencia o no.

Pero en general, se puede aceptar que la violencia nace del deseo inconsciente de obtener seguridad y tener certidumbre acerca de todo, que al no conseguirse y descubrir que el equilibrio permanente no existe, se reacciona con exasperación.

De allí que la exigencia psicológica de seguridad en todas las relaciones, contribuye a la violencia tan generalizada e inmanejable en el mundo, como el resultado de la proyección exterior, creadora de sociedades insensibles, indiferentes y a veces, brutalmente agresivas.

Paradójicamente, a lo largo de los milenios, la humanidad ha combatido la violencia con más violencia. Se reacciona habitualmente contra aquel que ejerce la agresividad y la violencia, con un sentimiento similar pero "justificado" por una buena causa. Indudablemente todo cambiaría si se comprendiera la causa de la hostilidad y se dejara de alimentarla con los pensamientos, sentimientos y acciones.

En cualquier caso, es necesario admitir que la violencia presente en todas las sociedades y en todas sus formas, es uno de los fenómenos que más atribulan a los seres humanos del siglo XXI, no obstante, en todo el mundo se intenta con denodados esfuerzos, alcanzar la tranquilidad y la concordia.

La guerra

Podría parecer que la humanidad actual vive en un mundo agresivo y descontrolado, en la edad más violenta de la historia, pero en realidad, no es así, porque existe una alta proporción de los habitantes terrestres que vive en paz, y en el pasado, al contrario, era mayor el número de los que se encontraban en guerra.

Sin embargo, la violencia experimenta encarnaciones inusitadas, tremendamente virulentas y universales, que preocupan a los expertos. Por ejemplo, existe una menor tendencia a la guerra, pero los conflictos afectan a más personas, ya que la guerra clásica sólo mataba a los soldados, mientras los ancianos, las mujeres, los niños y discapacitados estaban generalmente exentos de su azote. Hoy es un mal que afecta a todos, y se ha calculado que por cada militar caído en el campo de batalla mueren nueve civiles; y eso, sin mencionar la guerra de guerrillas y el terrorismo en aras de ideales nacionalistas.

Según el director del Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia “las actuales son guerras en las que todo vale para destruir al enemigo, y anidan en todas partes en las que el radicalismo étnico está presente”. En el fondo, parece que la guerra es un ingrediente de la cultura humana, y cada singularidad cultural presenta sus propias artes bélicas y su forma especial de guerrear.

Algunos investigadores de la Universidad de Harvard consideran la guerra como una consecuencia inevitable de la introducción de la agricultura y el sedentarismo en la organización humana. Habría dos condiciones para que se produzca un conflicto: la primera, que exista rivalidad entre vecinos; la segunda un desequilibrio de poder suficiente para que el grupo agresor se sienta inmune al sufrimiento si tira la primera piedra.

Ambas condiciones sólo son posibles en la humanidad desde la introducción de la agricultura y la organización de la población en grupos y regiones colindantes y estables. Así mismo, algunos consideran que sería ilusorio pensar que podemos acabar con ella, y quizás deberíamos conformarnos con conseguir, al menos, que cambiara.

Los expertos son menos pesimistas, ante los otros grandes avatares de la violencia, como son el extremismo ideológico, el uso indiscriminado de armas, el fanatismo en el deporte y la violencia juvenil; pues a pesar de que el número de víctimas de todas estas manifestaciones no deja de crecer, es posible que sea más fácil la prevención y la solución.

La violencia ideológica, por ejemplo, está íntimamente ligada a la educación, pues se ha demostrado que todos los seres humanos tienen una propensión innata a rechazar lo extraño. Sin embargo, esta pulsión no es indeleble y se puede compensar fácilmente con una correcta reconducción. El fanatismo violento es el resultado de una hipertrofia cultural de esa semilla natural que impulsa a rechazar lo que crece fuera del propio entorno.

La violencia en la escuela

En el caso de la violencia juvenil, otro de los fenómenos en auge que preocupa a los estudiosos del tema, los orígenes son más complejos. Según las encuestas, un número creciente de estudiantes dicen sufrir agresiones de sus compañeros, y en este caso, el término agresión es un concepto muy amplio que incluye desde los motes ofensivos y los insultos, hasta el ataque físico.

La violencia juvenil no deja de crecer y se expresa en las pandillas, las bandas organizadas y grupos con diferentes tendencias. Algunos creen, sin embargo, que no puede hablarse de la violencia juvenil como un fenómeno creciente diferenciado; y más bien se trata de la traslación, a la edad adolescente, de las mismas frustraciones que la sociedad actual genera en los adultos.

Muchos jóvenes llegan a la escolarización, desarraigados y desilusionados, ante expectativas negativas. La mayor responsabilidad de la escuela en este proceso puede ser el secular divorcio entre las expectativas ante la educación, como son crecer, formarse, disfrutar, y lo que el sistema social exige realmente, es decir, competir por un puesto de trabajo cada vez más caro y difícil de encontrar en las sociedades con crisis económica y social. Finalmente, al salir del aula el joven se enfrenta a la dura realidad de no ser más que uno de los millones de competidores en la carrera de ganarse la vida.

La violencia en el hogar

Algunos expertos opinan que la máxima: “La familia es el estamento más violento, después del ejército en tiempos de guerra”, no es tan exagerada.

En todos los tratados sobre la conducta agresiva, la violencia doméstica ejercida contra mujeres e hijos merece un capítulo especial. Sus peculiaridades, el desconocimiento sobre el perfil psicológico del agresor y la dificultad para entrar en el escenario íntimo donde se produce, la convierten en uno de los principales objetos de estudio.

La violencia puede aprenderse en el entorno. El aprendizaje de conductas agresivas es un proceso complejo que a menudo, se desencadena de manera inconsciente. Cuando en el hogar, los padres se muestran agresivos en las discusiones, cuando se les exige a los niños que sean duros en el colegio y defiendan sus intereses con uñas y dientes en el patio, cuando se convive con armas o se utilizan discursos radicales, se está actuando como un auténtico maestro de futuras mentes agresivas.

No existe un perfil sociológico, psicológico, médico o económico propio del individuo violento y de sus víctimas; sin embargo, hay factores de riesgo que favorecen la manifestación de la violencia, y se pueden encontrar algunos rasgos comunes como celopatía, dificultad para controlar la ira, falta de empatía o el alcoholismo.

La violencia contra el niño

El castigo corporal moderado en los niños para enseñar disciplina sigue siendo tema de discusión; sin embargo, la mayoría de los psicólogos advierten que si la violencia es una conducta aprendida, una simple palmada puede enseñarle al niño que en determinadas ocasiones, está bien utilizar ciertas dosis de agresividad, incluso con las personas a las que se ama.

Los partidarios de la “palmada a tiempo” aseguran que sin ésta sería casi imposible conseguir que el niño desarrolle sentido de la disciplina, conceptos morales sobre lo que está bien y lo que está mal, y principios apropiados para su ambiente cultural. Pero los datos demuestran que a la hora de confeccionar andamiajes éticos, es mucho más eficaz el premio que el castigo; y que los niños responden más positivamente al estímulo por las cosas bien hechas, que al miedo por las mal hechas.

En realidad, con el castigo corporal, aunque sea moderado, se está entrenando al niño a utilizar la violencia intencionadamente, con el fin de conseguir un objetivo concreto. El mensaje que entenderá el niño es confuso: “Si tu amas a alguien y quieres corregirle, es bueno que le infligas ciertas dosis de daño”.

La violencia en la pareja

Muchas personas podrían pensar que el mejor modo de detener un episodio de violencia doméstica es facilitarle a la víctima el abandono del hogar, pero las investigaciones demuestran que la huida no siempre acaba con el abuso. Existen muchas razones por las cuales las mujeres maltratadas permanecen en su hogar, que van desde la falta de apoyo social hasta la necesidad de mantenerse cerca de los hijos, pasando por el sentimiento de culpa, síntoma llamado “síndrome de la mujer maltratada”.

El cualquier caso, el sentimiento que más atenaza a la agredida es el terror, y si el miedo es una herramienta que el agresor usa para controlar a su víctima, la constatación de que ésta ha abandonado su feudo, suele exacerbar el impulso maltratador, por lo que un buen número de agresiones, suceden tras la separación; de allí que es importante que la mujer que huye encuentre protección.

La incidencia de maltrato o agresión femenina sobre su pareja es inferior, o al menos es reportada en un porcentaje muchísimo menor. En realidad, la violencia doméstica es violencia de hombres contra mujeres y los casos inversos son la excepción.

Además, en la mayoría de los casos, la violencia ejercida contra el varón se produce en un escenario de agresión recíproca. Esto es lógico, ya que la violencia en el hogar suele relacionarse con la vida en familias muy jerarquizadas, en las que el varón adulto ejerce su poder verticalmente, de acuerdo con sus propias leyes implícitas, que exigen respeto y sumisión.

Cada vez se tienen más datos sobre un nuevo tipo de violencia en el entorno doméstico que, hasta ahora, era despreciado por los analistas, y que se ha llamado maltrato psicológico. La reciente aparición de algunos estudios de gran repercusión sobre el llamado acoso moral, ha suscitado un gran interés por parte de los científicos, sobre los efectos de esta forma de agresión, constituida por una violencia sin golpes, que consiste en el deterioro paulatino de la autoestima de la otra parte.

El origen de la violencia

Las tres preguntas esenciales sobre el tema son: la causa, por la que ciertos individuos se tornan violentos, la posibilidad de predecir su comportamiento y la capacidad para evitar esas acciones.

Neurólogos, psicólogos, biólogos y sociólogos son algunos de los científicos que realizan su actividad a partir de estas cuestiones; pero no con la esperanza de contestarlas directamente, sino con el convencimiento de que les ayudarán a conocer de manera indirecta, algunos de los mecanismos del comportamiento agresivo.

La única vía de acercamiento al interior del cerebro de un individuo agresivo, es la utilización de marcadores bioquímicos y de técnicas de diagnóstico por imagen, mientras el sujeto ve videos, practica juegos o lee alguna historia que incita a la agresividad.

La ciencia empieza a conocer la lista de las sustancias químicas que se ponen en juego durante un ataque, entre las que se destaca la serotonina, responsable de la agresividad, y de otros males como la depresión y los desórdenes alimenticios; y también las vasopresinas que se han detectado en una cantidad anormalmente elevada.

Los animales más violentos, incluidos los humanos, presentan menores niveles del metabolito de la serotonina en el fluido cerebro-espinal, lo que significa que sus cerebros activan menores cantidades de la sustancia. Sin embargo, el problema para la investigación es que existen al menos catorce receptores cerebrales dedicados a la serotonina, y si no se identifican los que intervienen en el proceso de la agresión no se podrá actuar contra el comportamiento violento a nivel químico.

En estudios comparativos con gemelos criados juntos, otros educados en el seno de distintas familias, y con niños adoptados, se ha creído encontrar la existencia de algún componente hereditario que explique la violencia, aunque la mayor dificultad estriba en la identificación de los genes responsables.

Los neurólogos buscan los centros nerviosos de la violencia, orientándose al córtex pre-frontal, un área mayor en los humanos que en el resto de los animales; habiéndose logrado determinar que las personas con comportamiento antisocial obtienen peores resultados en pruebas de habilidad que requieren el uso del córtex pre-frontal, como reconocer expresiones faciales y controlar movimientos peligrosos en juegos de riesgo.

Por otra parte, cada vez se tienen más conocimientos acerca de lo que les ocurre a los fetos antes de nacer. Una investigación sorprendente ha demostrado que los nonatos muestran reacciones temerosas, defensivas e incluso violentas ante una aguja de amniocentesis que invade su espacio intrauterino, por lo que se ha concluido que se nace con la disposición a la defensa.

Muchos investigadores concuerdan que para conocer los mecanismos que desatan la agresividad incontrolada, hay que estudiar las áreas del cerebro que intervienen en la regulación de las emociones, proceso en el que intervienen sobre todo, el córtex pre-frontal y la amígdala; pues ambas regiones actúan de manera interconectada cuando se desatan diversas emociones, y cuando alguna de ellas falla se experimenta una creciente propensión a la violencia.

Algunos científicos opinan que el cerebro de las personas violentas, funciona de modo distinto al de las pacíficas; diferencia comprobada por resonancia magnética.

Sin embargo, es legítima la pregunta que surge frente a estos experimentos e investigaciones. ¿La violencia está generada por la secreción de estas sustancias o las mismas son el resultado de los fenómenos fisiológicos generados durante una actitud violenta?

Se ha comprobado por ejemplo que durante una reacción violenta, o cualquier alteración del ánimo, las hormonas producen ciertos cambios fisiológicos que elevan la presión arterial, y producen otros síntomas y signos típicos. Pero, la emoción antecede a los cambios y no puede atribuirse a los mismos, la aparición de la emoción. Visto de esta forma, la raíz estaría en el carácter violento del individuo que marcaría la diferencia en sus reacciones fisiológicas.

Los investigadores que basan sus estudios en la importancia de la mente sobre el organismo concuerdan en afirmar la hipótesis de que las tendencias son características individuales que se refuerzan o no, con la influencia del entorno, entendido éste por todo lo que contribuye con la educación del ser humano.

Los estudios clásicos proponían que la violencia humana estaba íntimamente relacionada con la lucha por la supervivencia. En este sentido, la agresividad de la especie humana se asemeja a la de los animales que tienen que combatir con sus congéneres por la comida o la reproducción. Pero las nuevas teorías advierten que, tanto en el reino animal como entre los humanos, la violencia extrema puede derivarse de una patología que impide percibir o interpretar correctamente los signos de sumisión del otro cuando se está en pleno combate. Lo que queda por averiguar es el significado real de dicha patología; ya que podría deducirse que se trata de una tendencia innata, es decir, espiritual, que se manifiesta a través de condiciones anatómicas y fisiológicas acordes a esa conducta.